

Mención Cuento

Entropía

Por: Satoru Nakata

Cuando llega a la casa él todavía está en el cuarto, intentando cerrar la maleta. Ella le grita que se largue, que se vaya al diablo, que no quiere volver a verlo. Él lucha con la valija para hacer entrar allí lo poco o mucho que tiene. Antes de su llegada él habla con los niños. Trata de explicarles, de modo que entiendan, las razones por las cuales tendrá que marcharse. Los niños no pueden comprenderlo, lo único que hacen es ponerse a llorar y agarrarse a su cuello para que no se vaya. Apura un *whisky*, en la cocina, para adormecer la tristeza que le produce el tener que dejarlos. Permite que lo acompañen a la habitación y le ayuden a hacer la maleta. Sacan del armario cada una de sus prendas y las meten con cuidado en la valija. Las doblan con estrategia para aprovechar al máximo cada recoveco. A pesar del rigor con que meten cada cosa, es evidente que aún le falta mucho por empacar y le queda poco espacio, así que tiene que empezar a ser selectivo con lo que lleva.

Apoyada en la puerta, ella lo mira con odio y lo maldice entre labios. Quiero quedarme con los niños, dice él, sin levantar la mirada. La valija se hincha bajo sus manos, que la presionan con todas sus fuerzas para hacerla cerrar. Estás tonto del culo, dice ella, mis hijos se quedan conmigo, no voy a dejar que se vayan con un maldito hijo de perra como tú, si los quieres tendrás que vértelas con mi abogado. Cuando le va a responder, la valija, por fin, cede a la presión y la cerradura hace "clic". La sensación de victoria hace que olvide por completo lo que iba a decir. Ella le extiende la mano, como una invitación para que acabe de largarse. Afuera ha empezado a llover. Camina por el pasillo arrastrando su equipaje. En el umbral de la casa se despide de los niños, que lloran inconsolables. Escucha el golpe de la puerta que se cierra a sus espaldas. Se dirige hacia su carro, que había dejado aparcado al otro lado de la vía. Un sarpullido de gotas empieza a acumularse sobre su cabeza. Cuando casi está al otro lado de la avenida, tropieza con el andén y la maleta se abre exponiendo sus entrañas al viento y al agua. Con resignación ve volar por el aire las medias, las camisas, los pantalones, los papeles y retratos que con tanto esmero había empacado, y que ahora se esparcen, enlodados, a lo largo de la calle.